

Sin embargo, no podemos engañarnos con respecto al alcance de la expresión «voluntad estilística» en la mayor parte de estos autores. Baste pensar, por ejemplo, en la teoría y la escuela de Worringer. Para Worringer la voluntad artística se asienta en una base étnica, interpretada en un sentido tan estricto que la personalidad del artista queda sumida y arrebatada en el poderío ingente de la comunidad racial a que pertenece. El gótico es en Worringer la voluntad artística de los pueblos nórdicos. Nada tan desmesurado, tan fuera de medida como la idea worringeriana del gótico. Y sin embargo, los conceptos de Worringer, teñidos de intensa poesía, resuelven de plano problemas de tanto volumen como el de la relación existente—dentro del arte nórdico—entre el edificio y la estatua, entre la organización del espacio y la representación figurativa. Worringer ha realizado uno de los más serios esfuerzos (8), en el terreno de la teoría del arte, para la recta interpretación de la contraposición entre lo primitivo y lo clásico, y entre lo clásico y lo gótico. Le falta solamente, una más ponderada precisión del papel que el artista desempeña en el desarrollo histórico de las formas estilísticas.

Y nos hallamos en la entraña misma del problema. Los autores mencionados en sumaria (9) enumeración, y otros muchos que necesariamente quedan al margen de este breve recuento, hablan constantemente de voluntad estilística, como concepto cardinal de la historia del arte.

Aun situándonos lejos de toda preocupación psicológica, no podremos negar a semejante expresión una nota de intencionalidad. «Voluntad artística», por muy formalistas que seamos, no puede significar otra cosa que un intendero, una tensión afectiva concretamente encaminada a un objeto. La cuestión del quién se hace ya insoslayable.

